

JOSÉ ANDRÉS **ANTÓN CANTO**

LA REINA DE LA CIUDAD y otros grandes éxitos



José Andrés Antón Canto

LA REINA DE LA
CIUDAD
y otros grandes éxitos

EDICIONES DOCE CALLES

1ª Edición: *La reina de la ciudad*
Diseño de portada: Doce Calles
© Ilustración de cubierta: Esther Rodríguez Álvarez

© de los textos: José Andrés Antón Canto
© de la presente edición:
Ediciones Doce Calles S.L.
Apdo. 270 Aranjuez. 28300 (Madrid)
Tel.: (+34) 91 892 22 34
docecalles@docecalles.com

ISBN: 978-84-9744-432-3
Depósito: M-12156-2022
Impreso en España

Queda prohibida, salvo excepciones previstas en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados pueden ser constitutivas de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos. Diríjase a este organismo si necesita fotocopiar algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

La reina de la ciudad	13
Boxeador	17
Finis Terrae	23
El poema	27
La chica de Altea	29
El caballo del mar	45
Canasta en el último segundo	49
El oyente	51
Olvido	53
La bomba	57
Puede que el primer poeta	65
Susana	67
El hombre que no sabía si afeitarse la barba	73
Panch Davis	79
El intruso	83
El legado	85
Dedicado a Graham Parker	87
Ninfa del mar	89
Querida Carlota	93
Las criaturas del bosque	95
Peña de Francia	97
Cuento entre brumas	99
Cuento sin nombre	105
Muerte súbita	109
Una noche especial	111
Si tú supieras	113
Elección	115
Ausencia del alma	117
Poeta en San Petersburgo. 1995	119
Brandán	133
La partida	145
Parisátide	149
Mí casa	161
Volveré	177
Frinchers	181

La reina de la ciudad caminaba lenta y hermosa, sojuzgando y humillando con su descuidado aire todo cuanto la rodeaba.

Atractiva y distante a la vez, fría y cálida. A veces heladora y a veces tierna y cercana. Y todos la consentían, y todos la amaban en secreto, porque todos sabían que su reinado no era efímero, sino atemporal e incontestable. Ella tenía la facultad de amar, obsequiar, rodear, inundar de sí misma todo su entorno como por un mágico, envolvente y misterioso remolino; pero también era capaz de congelar, enturbiar y despreciar a su capricho. Era como todas las soberanas, lejana e inalcanzable, atrocemente cruel y egoísta.

La ciudad parecía transformarse cuando ella la desbordaba con su armónica presencia. Hasta el más recóndito de sus profundos cimientos, de sus consumidas baldosas, de su ancestral pavimento, de sus paseos y bulevares, parecía mutarse en algo telúrico, pero conocido e íntimo. Ella me enseñó a amar la ciudad, pero, sobre todo, a amar la noche. Porque ella, por encima de todo, era la reina de la noche.

No podría olvidar, aunque quisiera, las luces de la oscuridad cegadas a su paso, las miradas libidinosas de los hambrientos cipreses y los furtivos deseos de los solitarios caminantes. No podría olvidar, aunque quisiera, mi orgulloso caminar junto al suyo, infatigable y eterno, mi triste caminar efímero e ilusionado, sintiéndome también soberano, aunque sabedor, en lo más íntimo, que de un falso y pasajero soberano de cartón simplemente se trataba.

Pero ella conocía su fuerza, su magnetismo, así como el respeto y el temor que inspiraba en sus pobres y enamorados súbditos, y no dudaba en hacer uso de ellos de forma despiadada y cruel a veces, vanagloriándose de su inagotable capacidad de dominio, de su ilimitado poder y fría seguridad. Pienso ahora que, tal vez, si no se hubiera sabido reina inaccesible y eterna, habría llegado a ser aún más digna y hermosa de lo que ya era.

Yo, ingenuo y necio, me sentí capaz de apartarla de su floreado y augusto palacio celeste y aproximarla a mi mundo simple y complicado a la vez, real e irreal, mágico y sincero. Por un tiempo llegué

a pensar que compartiría aquel fastuoso trono, que sería el príncipe compañero y azul que decía perseguir, que algún día llegaría a desvelar el insondable significado de su inquietante y atormentado mirar.

Y ella, la reina de la ciudad, se entregó a mí candorosa y vencida, y me insinuó con picardía sus volátiles contornos y amplios dominios. Yo estuve seguro de percibir aquel guiño de la vida, y me agarré a él como al último abrasador mástil del que pendiera mi existencia, vieja y embustera. Me imaginé monarca junto a ella, y empuñé el dorado cetro, olvidando mi insignificancia y que mis manos eran pequeñas, antiguas y estaban vacías. Así fue como la ardorosa pasión de aquel fatuo reyezuelo se desplomó brutalmente sobre el gris pavimento, como un viejo y fatigado animal vencido por los años y la soledad.

La reina de Madrid, joven y voluble, cambió su primitivo candor por hastío y saciedad. Ejerció su soberana potestad con serena y fría dignidad, con la autoridad del más severo de los arcontes.

Y yo, que al menos supe comprender el eterno juego de la vida, me aparté circunspecto y altivo, pero dolido, triste, herido de muerte. Fui desterrado, en castigo a mi osadía, al más árido de los desiertos, sin siquiera un pequeño oasis de esperanza donde poder asir mis gastadas manos. Allí viviré como un misántropo, desconfiado, huraño, loco, inalcanzable. Es el fatal destino de todos los que, como yo mismo, quisieron ser reyes, olvidando que no basta para ello la voluntad de serlo, sino que además es necesario un reino y, sobre todo, una reina a la que amar.

BOXEADOR

¡E stúpido! Te excusas diciendo que no tienes facilidad de palabra, que te cuesta hablar, pero solo tratas de justificar tu cobardía. Si hicieras que te pagara todo lo que te debe, no tendrías que volver a pelear. No has de temerlo, tienes que enfrentarte con él. Te has jurado a ti mismo que éste será el último combate, pero... ¡cuántas veces lo has hecho ya!, y siempre queda otro, el de la retirada definitiva. Ya tienes casi los cuarenta, viejo boxeador, no puedes seguir así o lo perderás todo. ¿Perder qué?, me preguntas. Lo que aún te queda, tus sentimientos, tus ilusiones, tus sueños, tus conversaciones conmigo.

Dices que esta vez es cierto, Rocky te ha prometido que éste será el definitivo, que te entregará hasta la última de las monedas que con sudor y golpes te has ganado, y con sangre, con esa sangre que a veces temes que se agote y un día deje de brotar generosa de tus cejas o de tus pómulos inflamados y rojos. Te ha dicho que ahora sí podrás poner ese pequeño comercio, que vivirás tranquilo, como siempre habías soñado. Eso es lo que te ha dicho y tú le has creído, ingenuo boxeador. Desde hace años te dice cada vez lo mismo, pero siempre queda un compromiso, ya sabes, vivimos en sociedad, debemos muchos favores. Hace mucho que te has convertido en el recio peldaño en el que apoyan su ascenso a la gloria los nuevos púgiles. Y recuerda lo que te digo, nadie te lo agradecerá nunca.

Aún estás a tiempo de marcharte, de dejarlo todo, la bolsa no merece esta angustia, ni el peligro que vas a correr, y Rocky... él menos que nadie. Sé que todavía te queda coraje para encontrar algo diferente y empezar de nuevo el resto de tu vida. Aún tienes amigos que no dudarán en tenderte una mano. ¿Cómo dices que no tienes amigos? Son muchos años en el cuadrilátero, claro que los tienes, te deben mucho. Algunos, sólo por vergüenza, no podrán negarte su ayuda.

A tus años, cada combate es un juego demasiado peligroso para el que precisas unos agudos y felinos reflejos, un instinto casi sobrehumano. El daño puede ser irreparable. ¿Crees que no? Entonces dime por qué tiemblas en la oscuridad, por qué un sudor frío te empaapa la oscura tez, como siempre desde hace algunos

años; dime por qué tienes tanto miedo. Yo te lo voy a decir, porque sabes que dentro de tu cabeza hay algo que no marcha ya como antes, alguna turbina se está deteniendo de forma implacable, con lentitud desesperante, pero inexorable al fin. A veces, tras las peleas, se te oscurece la vista, te zumban los oídos, te duele brutalmente la cabeza y tienes sueño, un sueño pesado y pegajoso.

No te avergüences por ello, sí, tienes miedo, un miedo atroz, aunque, no sabes por qué, hoy todo parece ser distinto. Igual que ocurre desde hace meses, años, no sabes quién será tu rival dentro de unos minutos, solo sabes que es fuerte y joven, y tiene ganas de subir deprisa, quizás demasiadas ganas, como tú al principio. ¿Lo recuerdas? Pero esto es lo habitual de unos años a esta parte, han hecho de ti un ilustre y afamado paquete para mayor lucimiento de los nuevos, de los que han de tomar el relevo. Entonces ¿qué te ocurre hoy? ¿Por qué pretendes que algo especial y trágico va a suceder?

Te estás quedando dormido. Sí, tal vez sea mejor que ahora tu cabeza deje de dar vueltas, aún tienes tiempo. Rocky no vendrá seguramente a buscarte antes de veinte minutos, parece que la velada lleva algún retraso y tu combate es el último, el estelar. Descansa, duerme...

¿Por qué lloras, boxeador? ¿Por qué te acuerdas ahora de ella? Siempre que tienes miedo y te sientes solo, lo haces. Esa sofisticada y hermosa zorra no merece ni tu recuerdo. No me mires de esa manera, era una zorra, sí, y supongo que no habrá dejado de serlo. No trates de justificarla. ¿Cómo es que siempre encuentras argumentos para los que te hacen daño? A veces no sé si eres bueno o simplemente un idiota. Ella estuvo, complaciente y sensual, junto a ti durante los buenos tiempos, y se paseaba orgullosa de tu fuerte brazo por los bulevares de París o bajo los rascacielos de Nueva York, con sus ostentosos abrigos de pieles y sus diminutas y delicadas manos repletas de lujosas y brillantes sortijas. Pero, dime boxeador, ¿dónde está ella ahora? No merece ni la más pequeña y recóndita de tus duras lágrimas, nadie la merece.

Entra por fin Rocky con tu batín escarlata, el de los grandes campeonatos, y te sorprende con los ojos húmedos, pero eso a él no le importa, es la hora de la verdad y has de salir al *ring*. Dile que no lo harás, pobre boxeador, no seas cobarde. ¿Qué puedes ya perder? Pero sales, sí, como lo has hecho siempre, con Rocky por delante tirando de ti como si de una cansada bestia se tratase.

Hace años, recuerdas, los periodistas te acosaban con sus preguntas y sus graznidos, igual que los buitres, pero ahora... ¿quién te diría que hasta a ellos habrías de echar de menos? Ya estás sobre el *ring*. Saludas maquinalmente mientras repiten por los altavoces tu nombre, como siempre, pero no sientes ya los aplausos y el calor del público, sólo que te observan con una morbosa y poco contenida curiosidad. Los focos luminosos parecen querer cegarte y sus radiantes destellos aumentan si cabe tu sensación de soledad.

«Está como nunca, se ha preparado muy bien, no pasan los años por él», escuchas a Rocky junto al micrófono de un periodista. ¡Dios, cómo le odias! Vete, viejo boxeador, sal corriendo, yo también presiento algo. Te pregunto otra vez, ¿qué puedes ya perder?

Observas ahora cómo tu rival pisa el cuadrilátero, ves cómo salta y se agita lo mismo que un gato. Es joven y tiene una fe ciega, una confianza en sus puños como tú la tuviste un día. No me gustan sus ojos, boxeador, son fríos, son los ojos de un asesino. Aún estás a tiempo de huir.

Todo va a comenzar. «Vamos, tigre, cuidado con el gancho de izquierda, no le permitas que entre por debajo. Es el último, tigre, ya lo verás, muerde con fuerza el protector, no me abandones ahora, pelea hasta el final...». ¡Dios, cómo le odias! Pero ya es demasiado tarde para volverte atrás, ha sonado la campana. A ti tampoco te gusta cómo miran esos ojos, ¿no es cierto, boxeador? Ni siquiera cuando le golpeas dejan de observarte con ese color frío, blanco y pálido.

Ya estás de nuevo en la lona, pobre boxeador, ya es la tercera vez. Apenas puedes verle. ¿Qué ocurre con tus ojos? No puedes ni siquiera despreciarle, pues aún te acuerdas de que hace algunos años tú eras también cruel y ambicioso, lo mismo que él. «Levántate,

tigre, lo echarás todo a perder, es el último esfuerzo, no habrá más combates, te lo juro, te podrás retirar, no me defraudes».

Uno... Dos... Tres...

No te levantes, cansado boxeador, tus ojos ya no ven y las ideas no fluyen ligeras por tu mente.

... Cuatro... Cinco... Seis...

¿Por qué te has incorporado? ¿Por qué escuchas siempre a Rocky antes que a mí? Presiento que ese tipo de los ojos de hielo te va a machacar. Todo el público ha enmudecido, sería más reconfortante oírlos chillar como tantas veces. Sus puños te golpean arriba y abajo sin piedad, y esos ojos..., esos ojos te siguen mirando imperturbables, adivinando tu debilidad. Orgulloso boxeador, ¡cómo te agarras a las cuerdas!, sólo te quedan ya tu corazón y tu vergüenza. De nuevo estás en el suelo, ésta es la definitiva, perdido y viejo boxeador, nunca ya te podrás levantar.

... Seis... Siete... Ocho... Nueve...

Sabes que Rocky estará ahora gritándote desde el rincón, pero eso no tiene ya importancia; ni siquiera le puedes oír, sólo le sientes, y le odias. Es el fin, y te vas odiando, boxeador. La tragedia se ha consumado. Ahora te acuerdas de ella otra vez, con su abrigo de piel, de tu brazo, con la cabeza sobre tu hombro, fuerte y moreno. Sí, recuérdala, muerto boxeador, es lo único que te queda, su recuerdo, es lo único que... te... queda... Rocky... .. boxeador...

Colección de relatos en ocasiones pesimistas, melancólicos, tristes; irónicos y socarrones en otras. Por sus páginas, en instantes a veces fugaces, asoman muy variados personajes: perdedores inefables, románticos empedernidos, sujetos fantasmales, malhumorados, príncipes, reinas y reyes ...pero imbuidos casi siempre de un halo de emoción sentimental y cierta amargura.

No podría olvidar, aunque quisiera, las luces de la oscuridad cegadas a su paso, las miradas libidinosas de los hambrientos cipreses y los furtivos deseos de los solitarios caminantes.

.....

Fue en aquel mismo lugar, azotado por un viento infernal y una lluvia pedregosa que, más que mojar, dolía, donde volví a recordar aquella vieja historia que mi abuelo tantas veces me contara, la historia de Crispín, el muchacho que se perdió más allá del océano.

.....

El Luis más cínico pensó que en su estado abstémico, prostático y melancólico era ese tal vez el tipo de mujer que estaba necesitando.

Es así de canalla Luisito Fitzroy.

.....

Me disponía a abrir el portal de mi casa cuando me encontré con Lola, la novia de Morgan, un viejo conocido pedante y clarinetista de jazz. Le conté lo sucedido. Se mostró muy preocupada y solícita con mis penalidades, y muy cariñosa, excesivamente cariñosa, diría yo.

.....

Poco más se sabe de nuestro hombre, solo que, al morir, con más de noventa y cinco años de edad, y entregar a la Nada su portentosa inteligencia,

dicen que exclamó: «¿Retransmiten esta noche el partido de los Oklahoma Panthers?». Después, afirman los que allí estaban, expiró.

.....

Poco o casi nada importa el motivo del viaje, que te hayas citado allí con ella, casi quince años después, como cuando aún te amaba, para intercambiaros algún viejo recuerdo y tal vez no volveros a ver nunca.

.....

Algunas parejas de enamorados se abrazaban en los rincones. Los bancos pintados de negro, aún algo húmedos tras la tormenta, estaban desiertos. Solo en uno de ellos un viejo pordiosero de lentes mugrientas, como salido de una novela de Tolstói, permanecía ensimismado en la lectura de un libro aún más arrugado que él.

.....

Es invierno y anochece pronto sobre la magnífica ciudad de Babilonia, y lo hace de manera profunda, con una oscuridad cerrada y extraordinaria.

.....

Había pues dos apasionantes novedades para su insulsa existencia de solitario, huraño y tal vez absurdo rentista bohemio. A saber, nuevos inquilinos, la primera. Y la segunda y principal, escuchaban a los Frinchers. Demasiada casualidad.

ISBN-13: 978-84-9744-432-3



9 788497 444323